

Capítulo XXI.

Lo que hizo Gilito.

El audaz ex-secretario profesaba la idea, que dicho sea de paso, tiene hoy muchos adeptos, de con tal de llegar al fin que se proponia, emplear toda clase de medios, por réprobos que fuesen.

Así es que no vaciló en valerse de la infamia para cumplir la amenaza que al despedirse habia hecho á Laura.

—Es preciso,—se decia,—penetrar á toda costa durante la noche en casa de la viuda de Garay; el mundo es muy malicioso, y cuando al dia siguiente me vea salir, hará mil comentarios; Laura quedará deshonrada ante la opinion general, y no tendrá más remedio que casarse conmigo.

El plan era excelente, y sólo faltaba la ocasion de penetrar en la casa.

Hallábase discurriendo acerca de los medios que podria emplear para conseguirlo, cuando distinguió á lo lejos á doña Transfiguracion, dueña quintañona que estaba al servicio de Laura, y que todos los dias iba á misa.

Gilito se apresuró á salir á su encuentro antes de que llegase á la iglesia, y en actitud melodramática:

—¡Ay, doña Transfiguracion,—exclamó,—y qué tormentos me habeis hecho sufrir hasta que he logrado la dicha de veros!

Hace más de dos horas que os estaba aguardando, porque era una necesidad de mi corazon pasar con vos una hora en dulce coloquio.

—Vamos, vamos; dejadme en paz, que ya han dado el segundo toque, y voy á llegar tarde á misa.

—Pues lo que es hoy, teneis que escuchar antes á este cura.

—Callad, libertino,—exclamó la dueña, revelando en su semblante la contradiccion que mediaba entre sus palabras y sus deseos.

Gilito, que comprendia el terreno que iba ganando:

—Habeis de saber, pichoncita mia, que desde el momento que entré en casa de la señora de Garay me fijé en vuestros encantos, y sólo la timidez y el respeto que me infundia mi señora me impidieron declararos la pasion que me devoraba, y de la que hoy soy esclavo.

—¡Para el diablo que os crea!—dijo con coquetería la gazmoña.

—¡Ay! ¡Transfiguracioncita, y qué mal que me juzgais!

—¡Acaso puedo yo hacerme ilusiones! A mis años, señor mozalbete, no queda á las mujeres más que pálidos recuerdos de lo que fueron. No me creais tan loca que pueda suponer que os he impresionado.

En otro tiempo no digo que no hubiera podido suceder; aunque, á decir verdad, yo siempre he odiado á los hombres, y doy mil gracias á Dios por que me ha conservado el juicio para no admitir á ninguno por esposo.

—Pero ¿qué edad podeis tener, mi bella ingrata?

—Si continuais expresándoos de esa manera tan atrevida, hareis que no os escuche.

—Vamos, perdonadme, y contestad á mi pregunta,

Doña Transfiguracion, que pasaria de los cincuenta años, contestó con el mayor aplomo:

—Treinta y ocho años.

—Señora, os chanceais, y no es justo.

—Os digo la verdad.

—¡Vos treinta y ocho años, cuando apenas representais veinticuatro!

—Os pondria presentar mi partida de bautismo,—añadió la dueña, no dudando que habia creído Gilito lo que le habia dicho.

—Vuestra partida de bautismo está equivocada, os calumnia.

—Bien puede ser que yo no recuerde.

—En fin, sea lo que quiera, yo espero de vuestros

lábios la confesion de si correspondeis ó no á la pasion que me inspirais.

Pero tened entendido,—añadió de una manera trágica Gilito,—que si desois mis ruegos tendreis que acusaros de un crimen. Sin vos para nada quiero la vida.

—¡Valgame Dios, y que loco sois! ¡Reflexionad. .

—Nada, nada; mi resolucion es irrevocable,—dijo Gilito.

—Pero, Gilmio,—exclamó doña Transfiguracion, entusiasmándose por haber encendido en un jóven una pasion tan vehemente y acariciando ideas voluptuosas,—¿no es abusar de una pobre mujer ponerla en la cruel alternativa en que vos me colocais? Yo no quiero tener en mi conciencia el remordimiento de haber sido causa de vuestra muerte; pero decir que os correspondo sin saber las intenciones que abrigais, pudiera comprometer mi honor.

—Os juro que os quiero con buen fin.

En aquel momento salia la gente de la iglesia, porque la misa habia terminado.

Doña Transfiguracion, satisfecha por la confesion que acababa de hacer Gilito, exclamó:

—Quedaos con Dios, hasta mañana.

—Pero qué, ¿os vais tan pronto?

—Mi señora extrañaria la tardanza, y tal vez mañana no podria salir.

—Es que yo no puedo conformarme con no veros en tanto tiempo.

—¿Y qué hacer?

—Si vos me quisiérais como yo os adoro, no me haríais esa pregunta.

—Que todos los hombres han de ser lo mismo. No se contentan con que se les quiera, sino que es preciso, para que estén satisfechos, que una lo confiese, aunque el rubor la ahogue.

¡Ay! ¡Bribonzuelo, y qué bien que sabe tender las redes á una inocente paloma!

Gilito, que conocía á las hijas de Eva, y por consiguiente, que estaba seguro de que nada le negaría doña Transfiguracion:

—Es preciso,—dijo,—que esta noche me abrais la puerta sin que nadie se entere. Así podremos hablar con entera libertad.

—Sea lo que gusteis. Id á las nueve en punto, que yo os estaré aguardando.

Al despedirse Gilito hizo nuevas protextas de amor, que acabaron de enloquecer á su mal aconsejada dueña.

Con febril impaciencia aguardaba el seductor la llegada de la noche, y cuando sonó la hora señalada, se encaminó á casa de Laura.

Doña Transfiguracion le aguardaba.

Apenas subieron á su aposento, simulando que iba á hacerla una caricia, la obligó á aspirar un narcótico, que en breve tiempo la dejó aletargada.

En seguida, descalzándose para no meter ruido, se dirigió á la alcoba de Laura.

Allí se ocultó en un armario con el propósito de salir de su escondrijo y sorprender con su presencia



HERNAN CORTÉS.—El saber que me han hallado en vuestra alcoba, os obligará á concederme vuestra mano.

á su víctima en el momento en que se acostase.

Algunos minutos despues oyó la voz de su amada, que se despedia de sus doncellas.

Laura de Ceballos entró en la alcoba, y comenzó á desnudarse.

Sin poder contener la impaciencia que le dominaba, salió el jorobado de su escondrijo, y presentándose á la jóven:

—He venido á cumplir mi palabra,—le dijo.

—¡Ah!—exclamó la viuda, disponiéndose á salir de la habitacion para llamar en su auxilio.

—Haced lo que gustéis,—añadió;—cualquier paso que deis agravará la situacion. Por lo pronto, tengo gente en la calle para que me vea salir de vuestra casa, y el escándalo que producirá el saber que me han hallado en vuestra alcoba, os obligará á concederme vuestra mano.

Laura comprendió el grave compromiso en que se hallaba, y lo sentia tanto más, cuanto que amaba á un personaje y él la correspondia.

Por consiguiente, la situacion en que la colocaba Gilito era doblemente angustiosa para ella.

De pronto se la ocurrió una idea luminosa.

Antes de que pudiera evitarlo Gilito, corrió á la habitacion contigua, en donde estaba Carlota.

En breves palabras la refirió el compromiso en que estaba, y su prima exclamó:

—Yo te salvaré.

—¿Cómo?

—Yo no me he de casar nunca, porque Alvarado,

el único hombre á quien yo amo, me ha abandonado. Por lo tanto, si ese hombre ha venido á dar escándalo, yo sufriré las consecuencias; pero tu reputacion quedará ilesa.

—¡Ah! mi querida prima, mi vida es poco para pagarte el servicio inmenso que me prestas.

—No hay tiempo que perder. Apaga la luz, aléjate en seguida y yo ocuparé tu puesto.

Esta escena pasó en ménos tiempo del que la hemos referido á nuestros lectores.

Gilito, que no sospechaba aquella mutacion, acercándose hácia donde creia que estaba su amada:

—Vamos, Laura, no seais insensible á mis ruegos; corresponded á mi amor, y en mí no tendreis un marido, sino un esclavo, que acatará en todo tiempo vuestra voluntad.

—Si dais un paso más, os clavaré un puñal que tengo en mis manos. Ya que sois tan miserable que quereis provocar un escándalo, permaced aquí hasta mañana. ¿Qué os importa que una pobre mujer pierda su reputacion, con tal de que vos logreis hacer alarde de favores que no habeis obtenido ni obtendreis nunca?

A Gilito, cuya resolucion era irrevocable, no le hicieron la menor impresion las palabras de la hermosa jóven.

Aperas amaneció, para que el escándalo fuera mayor, se descolgó por el balcon, y un instante despues la casa se hallaba rodeada de curiosos, que comentaban de diferentes modos aquel suceso.

Capitulo XLII.

Murmuraciones.

Un momento despues del en que tenian lugar las escenas que acabamos de referir en el capítulo anterior, llegaba á Castuera, y se detenia delante de una posada, un viajero, que por lo empolvado de su traje y por el cansancio que se notaba en su caballo, revelaba que habia pasado caminando toda la noche.

Hallábase conversando con el dueño de la posada para informarse de la casa donde vivia la viuda de don Francisco Garay, y el posadero, con ese servilismo que demuestran esta clase de gentes cuando se hallaban en presencia de un caballero:

—Voy á acompañaros,—le dijo,—aunque la casa no tiene pierde.

Se pusieron en marcha, y antes de llegar notaron

diferentes corrillos, en los que indistintamente se pronunciaban los nombres de Carlota y de Laura.

Como es de presumir, Alvarado, que no era otro el viajero, se acercó para escuchar lo que hablaban en aquellos corrillos.

—Miren la mosquita muerta,—exclamaba una jamaona soltera, y por consiguiente enemiga irreconciliable de las de su sexo, y especialmente de las que habian tenido mejor suerte;—miren la gazmoña, la que queria hacer creer á todo el mundo que desde que su marido emprendió el viaje á las Indias no admitia visitas de hombres, ¡y qué pronto se ha consolado de su pérdida! Aun no hace ocho dias, como quien dice, que recibió la noticia de su muerte, y ya anda en esos tratos.

—Vamos, si tienen razon los hombres para no casarse,—añadia otra, solterona tambien.—¡Qué necesidad tienen de mantener mujer, habiendo tanta bribona que dé oídos á sus amorosas quejas?

—Pero si parece mentira...en tan poco tiempo...

—¡Pero qué estais diciendo? Si esas relaciones datan desde muy antiguo...

—Pues la verdad es que hasta ahora nadie ha tenido que decir una palabra de ella.

—Del agua mansa me libre yo...

—Y la cosa no tiene malicia. Por lo que se vé, el galan ha pasado toda la noche en la casa.

—Vamos, si lo estoy viendo y no lo creo. Cuidado que parecia que en su vida ha roto un plato.

—No hay que fiarse en las apariencias.

—¡Y qué capricho más raro el de esa buena señora!

—¡Ya, ya! Lo que es á mí, si alguna vez me lleva el demonio, será con un buen mozo; pero no con ese jorobado, que parece una araña.

—Pues habeis de saber que ha tenido mucho partido entre las damas.

—No es extraño; ciertas gentes, con tal de variar todos los dias...

—Y dicen que Laura ha despreciado á los más apuestos galanes.

—No es tan fiero el leon como le pintan.

—Yo así lo creo, porque no habrá sido el jorobado de Gilito el primero que la ha hecho olvidarse de sus deberes.

—Naturalmente; sus relaciones con él prueban que tiene estragado el gusto. .

—Pero anda que el amante nocturno ha pagado bien caro su capricho.

—¡Pues qué le ha sucedido?

—Casi nada, que al descolgarse por el balcon se ha roto una pierna.

—¡Castigo de Dios!

—Y la tal Laurita ni siquiera se ha asomado al oír el grito que lanzó el doncel.

Las murmuraciones continuaban, y la llegada de un nuevo personaje hizo que todo el mundo fijara su atencion en él.

Era un hombre bajito, de ojos pequeños y vivos, verdadero corre vé y dile del pueblo.

Revelando en su rostro la satisfaccion que le producía aquel recibimiento:

—¿De qué se trata?—preguntó.

—¡Toma! Del escándalo que ha producido la salida de Gilito de casa de doña Laura.

—Y como sucede en estos casos, ¿la estareis desollando?

—¿Serás capaz de defenderla?

—Yo siempre defendiendo á la virtud.

—No tengas ganas de impacientarnos.

—Hablo con sinceridad.

—¿Pero no has visto á Gilito descolgarse de uno de los balcones de casa de doña Laura.

—Sí; pero en esa casa vive tambien otra beldad, que ha sido la verdadera heroina de la fiesta.

Alvarado redobló su atencion.

Todos los murmuradores rodearon al hombre bajito, y este continuó:

—Pues como iba diciendo, Laura es inocente. Si os hubiéseis fijado como yo en el balcon desde el cual se descolgó Gilito, comprenderíais que pertenecía á la habitacion de doña Carlota Patiño.

Una exclamacion de sorpresa acogió estas palabras.

Alvarado no quiso oír más.

Loco, frenético, profundamente desesperado, penetró en la casa de Laura, y subiendo de cuatro en cuatro los escalones, no tardó en hallarse en la habitacion de Carlota.

—Infame,—exclamó, ardiendo en ira;—aun lle-
go á tiempo de castigar tu traicion.

—¡Pedro!—dijo Carlota, reconociéndole.

—No me nombres, perjura, si no quieres que te arranque la lengua.

—¡Soy inocente!—añadió, prorumpiendo en amargo llanto.

Y se desmayó.

La viuda de Garay, que habia oido las palabras de Pedro Alvarado, habia acudido para explicarle lo que habia sucedido.

Al ver á su prima víctima de la violenta escena que acababa de tener lugar:

—Caballero,—exclamó,—vuestra conducta es inconcebible; despues de haber injuriado villanamente á Carlota, sois tan inhumano que ni la prestais los auxilios que reclama su estado.

—¡Lajuriarla!—contestó con desesperacion el valeroso capitán.—¿Acaso se injuria cuando se dice la verdad?...

—Tened entendido que la habeis calumpniado. Escuchadme, y os convencereis de la verdad de lo que os digo.

—No quiero saber nada.

—Os lo suplico por el cariño de mi prima, y tambien por vuestra tranquilidad.

—¿Acaso puede haberla ya para mí? ¡Ah! Me está bien empleado lo que me sucede, por haber sido tan crédulo, tan inocente, para figurarme que la que en otra ocasion despreció mi amor habia de guardarme fidelidad durante tanto tiempo.

Pero es muy doloroso que el hombre que ha con-

sagrado su vida entera á una mujer, que por ella ha arrostrado los mayores peligros para ofrecerle una posición ventajosa, un nombre esclarecido, al volver á su lado acariciando la dulce esperanza de hallar el premio de tantos sacrificios, se encuentra con el objeto de su amor, en tanto que se desvelaba por proporcionarle un porvenir venturoso, se entrega á criminales pasiones, y es por su liviana conducta el escándalo de todo el mundo.

—Os pido por lo más sagrado que me escuchéis, que no os fieis en las apariencias, que la fatalidad, y no otra cosa, ha hecho aparecer criminal á la que es pura y á la que en todo tiempo sólo ha pensado en vos.

—Basta, señora... No os molesteis, porque no hay quien me convenza de lo contrario de lo que yo veo.

Y sin despedirse siquiera de Laura, dirigiendo una mirada de desprecio á su prometida, que aun no había vuelto en sí, salió de la habitación y se encaminó á la posada con intención de averiguar el paradero de Gilito, vengar en él la ira que le dominaba, toda vez que por su causa era el más desgraciado de los hombres, y abandonar despues el pueblo para no volverse á acordar jamás de Carlota.

Capítulo XLIII.

Amor, sublime amor.

Laura no se consolaba, no podía consolarse del fatal desenlace que había tenido para Carlota la generosidad con que esta había salvado su reputación.

—¡Ah!—se decía, vertiendo abundantes lágrimas.—Aunque indirectamente, yo soy la causa de que sean desgraciados dos corazones que habían nacido para amarse. He sido una egoísta al admitir el sacrificio que ha llevado á cabo mi prima. Y lo peor es que no se me ocurre el medio de destruir las sospechas que ha concebido Pedro de Alvarado.

Pero es posible, señor,—añadía con desesperación, elevando sus ojos al cielo;—es posible que permitais que por un miserable, que no debía sino agra-